

LA ESTERA Y EL TRONO

Los símbolos de poder de Motecuhzoma II

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN, GUILHEM OLIVIER



En uno de los diálogos que se conservan de la primera entrevista entre Motecuhzoma Xocoyotzin y Hernán Cortés sostenida en el lejano mes de noviembre de 1519, se apunta que el *tlatoani* mexica le habría aclarado al recién llegado: “bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad habéis tomado, que yo soy dios o teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro y plata y piedras ricas. Bien tengo conocido que como sois entendidos, que no lo creáis y lo teníais por burla, lo que ahora, señor Malinche, veis: mi cuerpo de hueso y de carne como los vuestros, mis casas y palacios de piedra y madera y cal, de ser yo gran rey, sí soy, y tener riquezas de mis antecesores, sí tengo...”

1. En esta imagen se aprecia a Malintzin –también conocida como doña Marina– fungiendo como intérprete durante el primer encuentro de Cortés y Motecuhzoma II. Cortés era llamado “Malinche” por los indígenas, lo que significa “el dueño de Malintzin”. *Códice Florentino*, lib. XII, f. 26r.

Motecuhzoma II (1502-1520 d.C.) respondía así a la acusación proferida por sus vecinos, en la que se le tachaba de comportarse orgullosamente ante los dioses, una transgresión que sin duda le hubiera costado la caída de su imperio. Le enfatizaba asimismo a Cortés que, por más grande que fueran su poder y su fortuna, su condición era la de un humano... (fig. 1). Este pasaje, como muchos otros, nos ayuda a comprender el carácter de la realeza mexicana. A diferencia de sociedades como la inca o la egipcia en las que había una realeza divinizada, los habitantes de Tenochtitlan nunca dedicaron un culto específico a sus *tlatoque*, ni en vida ni después de su muerte. En la isla existía, en cambio, lo que Michel Graulich ha definido como una “realeza sagrada”, es decir, un sistema político en el que el supremo gobernante aparecía en diversas circunstancias como representante o imagen (*ixiptla*) de los dioses. Por ello, las ceremonias de entronización tenían la finalidad de transformar la naturaleza del *tlatoani* electo, vinculándolo en forma privilegiada con las divinidades, y dotándolo de las insignias y los atavíos necesarios para desempeñar sus actividades religiosas, políticas y guerreras.

SANGRE Y COPAL

Entre todos los deberes religiosos del *tlatoani* sobresalía el garantizar la adoración que él y sus súbditos debían a las divinidades, tanto por haberlos engendrado como por otorgarles cotidianamente los frutos surgidos de la Madre Tierra y madurados por el Sol. Desde el momento mismo de su elección, el futuro soberano era conminado a ello: “Y esto es lo que tengo que te encomendar y muy más en particular, las cosas del culto divino y reverencia de los dioses y honra de los sacerdotes y que su penitencia vaya muy adelante, a la cual los debes animar y dar el favor necesario”. Ya en la ceremonia previa a la entronización, el *tlatoani* era el primero en dar el ejemplo, ofreciendo su propia sangre y el aromático humo del copal para pagar su deuda eterna. Entonces, vestido tan sólo con un braguero (*máxtlatl*), se presentaba frente a la capilla del dios patrono Huitzilopochtli, donde el sacerdote supremo teñía su cuerpo de negro para manifestar su situa-



DIGITALIZACIÓN: RAÍCES

2. Vestidos con mantas pintadas con cráneos y huesos cruzados, el futuro *tlatoani* y sus “ministros” sujetan sahumadores y espigas de autosacrificio. Adentro del templo se distingue un bulto sagrado (*tlaquimilolli*), que contenía las reliquias del dios Huitzilopochtli. El soberano estaba en contacto con este bulto durante la reclusión que formaba parte de los ritos de entronización. *Códice Florentino*, lib. VIII, f. 46v.

ción temporal de penitente y lo cubría con una manta pintada con cráneos y huesos cruzados; simbolizaba así su muerte ritual que daría pie a su renacimiento con un nuevo estatus (fig. 2). También le eran entregados al *tlatoani* los instrumentos y las insignias para la penitencia: el *xicolli* (chaleco ceremonial sin mangas que se amarraba al frente), el *yeitecómatl* (recipiente de calabaza que se suspendía de la espalda con unas tiras rojas y que contenía tabaco en polvo, el cual era mascado por sus cualidades energizantes y estupefacientes), el *copalxiquipilli* (bolsa que contenía copal), el *tlémaitl* (sahumador de cerámica en forma de cazoleta y dotado de un mango que figuraba una serpiente de fuego) y un par de agudos punzones autosacrificiales que solían ser elaborados con huesos de águila y jaguar.

Los *tlatoque* usaban esta misma parafernalia en muchas otras circunstancias, entre ellas, en los ritos escenificados antes de partir a la guerra y después de una victoria mi-

litar, y en festividades como la del día 4 movimiento, relacionada ésta con el culto solar. Motecuhzoma II aparece así representado en el célebre Bloque del Metro, escultura cuadrangular hoy exhibida en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología (fig. 4). Ahí lo vemos sentado y sobre un fondo de corazones humanos, sangrándose fervientemente el pecho, los brazos y las piernas. Hay tres fechas reveladoras en las distintas caras de este monumento: 10 conejo (1502 d.C.), año que muchas fuentes señalan como el de su entronización; 2 caña (1507 d.C.), la celebración del Fuego Nuevo que tuvo lugar



3. DIGITALIZACIÓN: RAICES

durante su reinado, y 1 venado, día en que nacían los niños nobles que estaban predestinados a convertirse en gobernantes. También con el atuendo de penitencia, la imagen del segundo Motecuhzoma fue esculpida en la célebre Caja de Hackmack, actualmente en el Hamburgisches Museum für Völkerkunde und Vorgeschichte (fig. 3). Se trata de un diminuto cofre cuadrangular de dos piezas que, según H.B. Nicholson y Eloise Quiñones Keber, bien pudo haber servido para atesorar la sangre y los implementos de autosacrificio del soberano. En un costado del cofre se ve al soberano sentado, punzándose una oreja y dándole la espalda a su glifo onomástico. La presencia de símbolos y fechas relacionados con el dios creador Quetzalcóatl subrayan el poder y la devoción de Motecuhzoma, al tiempo que la fecha 1 cocodrilo, tallada en el fondo de la caja, nos remite a su ceremonia de coronación.



4. Motecuhzoma II, con atuendo sacerdotal, se sangra el pecho, los brazos y las piernas. Si bien es cierto que este monumento carece del glifo onomástico de Motecuhzoma II, tres fechas revelan que se trata de este soberano: 10 conejo (1502 d.C.), año de la entronización de Motecuhzoma II; 2 caña, año del Fuego Nuevo celebrado por él, y 1 venado, día en que nacían los niños nobles predestinados a convertirse en gobernantes. Bloque del Metro. MNA. FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES

Una efigie análoga se encuentra en el llamado Teocalli de la Guerra Sagrada, monolito procedente de las Casas Nuevas de Motecuhzoma (bajo el Palacio Nacional) y hoy resguardado en la Sala Mexica (fig. 5). Ahí, este *tlatoani* y el dios Huitzilopochtli hacen penitencia ante el disco del Sol y el monstruo de la Tierra. Motecuhzoma fue figurado de cuerpo completo y de perfil, luciendo el típico atuendo de penitencia y los implementos propios del autosacrificio. Porta una piel de felino, además del tocado de plumas llamado *cozoyahualli*, divisa chichimeca que lo vincula a los primeros soberanos de la dinastía.

PODER Y AUTORIDAD

Con el difrasismo *in péllatl, in icpalli* (“la estera y el trono”) se expresaba en lengua náhuatl la idea de poder político y autoridad. La estera, símbolo mesoamericano por excelencia de la nobleza, solía servir de base al trono. Este último era, en el

caso de los tres primeros soberanos de Tenochtitlan, un simple atado de juncias (*tolicpalli*), el cual los identificaba como señores de origen chichimeca y aún dependientes del reino de Azcapotzalco. En cambio, al independizarse la ciudad insular, los *tlatoque* subsiguientes lograron el derecho de sentarse en un trono elaborado con juncias tejidas y que estaba dotado de un respaldo alto y pieles de jaguar (*tepotzoicpalli*) (fig. 6).

La mitra de turquesa (*xiubuitzollli*) que los soberanos ostentaban como tocado es otro símbolo de poder político cuyas raíces se hunden muy profundo en el pasado mesoamericano. Esta mitra parece remedar esquemáticamente a la cola de una serpiente de fuego (*xiuhcōatl*). Si bien es cierto que esta insignia era propia de los *tlatoque* de Tenochtitlan, de Tlatelolco y de Tetzaco, también la portaban los señores (*te-tecutlin*), los principales líderes militares y los sacerdotes ofrendadores del fuego. En varias de las imágenes que han llegado has-

ta nuestros días de Acamapichtli, Huitzilíhuil y Chimalpopoca —quienes gobernaron Tenochtitlan antes de la guerra de independencia de 1428-1430 d.C.—, estos soberanos portan sobre la cabeza un *cozoyahualli*; hemos dicho que éste era un tocado de plumas asociado al pasado chichimeca. En contraste, sus sucesores ostentaron la *xiubuitzollli*.

En los casos específicos de Motecuhzoma I y Motecuhzoma II, la mitra de turquesa también se usó como parte de su glifo onomástico, pues el nombre de estos soberanos significa “el que se enoja como señor”. La *xiubuitzollli* era representada de perfil, con su característica silueta triangular y de color azul, además de dos cordeles rojos con los que era anudada a la nuca. Solía estar acompañada de una cabellera lacia y bien recortada; una nariguera (*yacaxibuitl*), una orejera (*xiubnacochtli*) y/o un pectoral escalonado (*xiubcōzcatl*), todos de turquesa; una doble vírgula de la palabra, y plumas o bandas



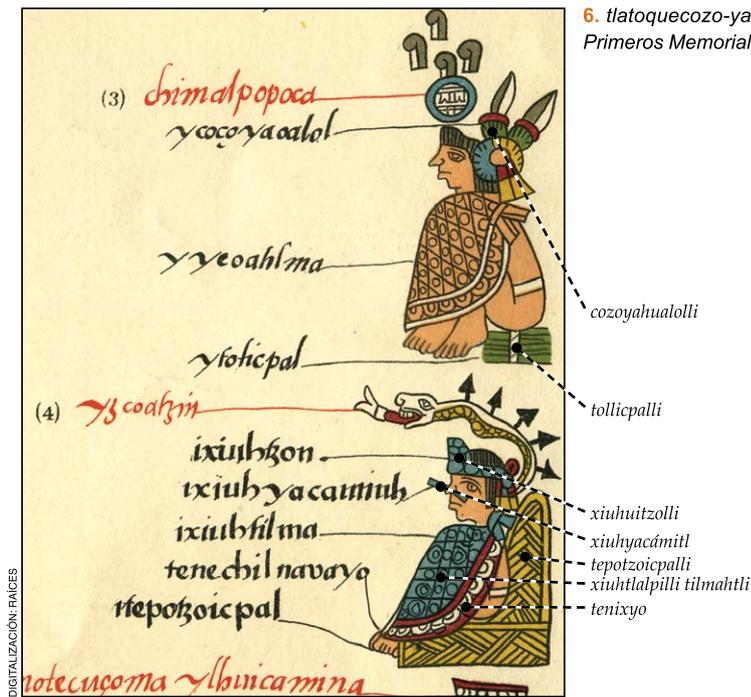
5. Huitzilopochtli y Motecuhzoma II hacen penitencia ante el disco del Sol y el monstruo de la Tierra. Uno de los principales deberes del *tlatoani* era alimentar con la sangre de los sacrificados al astro diurno y a la Tierra. El glifo de la guerra, “agua-campo quemado”, sale de la boca de Huitzilopochtli y de la de Motecuhzoma II. Teocalli de la Guerra Sagrada. MNA. FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

paralelas conocidas como “cuerdas penitenciales”. Entre los ejemplos escultóricos del glifo onomástico de Motecuhzoma II podemos mencionar el cofre de basalto con el glifo 6 caña (1511 d.C.) que se encuentra en el Museum für Völkerkunde de Berlín, el cofre con el glifo 11 cuchillo de pedernal (1516 d.C.) del Museo Nacional de Antropología (fig. 7), la serpiente de fuego con el glifo 2 caña (1507 d.C.) de Dumbarton Oaks y la mismísima Piedra del Sol, la cual habría sido esculpida en 1512 d.C. de acuerdo con algunos investigadores.

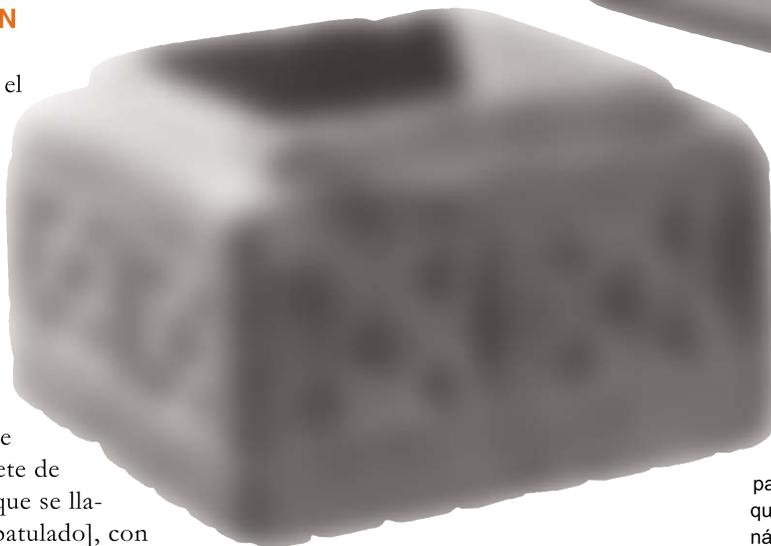
Durante la investidura del *tlatoani*, se le perforaba el *septum* nasal con ayuda de un punzón de hueso de jaguar; ahí le colocaban una nariguera tubular llamada *xiuhycámitl* (fig. 8). Le ponían además la *xiuh-tlalpilli tilmahтли*, capa reticulada de algodón teñido de azul y enriquecida con piedras de turquesa. Esta capa solía tener *tenixyo* (“bordes de ojos”) en las orillas, uno de los motivos más prestigiosos de la iconografía del poder. Otros símbolos que le eran otorgados en aquella ocasión eran un par de sandalias doradas, un escudo y una espada de navajas, además de un haz de dardos que simbolizaban su investidura judicial. Vale agregar que la *xiuhuitzollli* y los demás ornamentos de turquesa vinculaban directamente a los soberanos con el anciano dios del fuego Xiuhtecuhtli, padre y madre de todas las deidades que moraba en el centro del universo. De hecho, junto con Tezcatlipoca, Xiuhtecuhtli era el protector de la realeza y sabemos que Motecuhzoma II lo personificaba durante la fiesta de *izcalli* (fig. 9).

GUERRA Y SUJECIÓN

Jefe supremo del ejército, el *tlatoani* ostentaba durante las batallas prendas especiales y ricas insignias que lo distinguían de los demás generales. Los informantes indígenas de fray Bernardino de Sahagún nos legaron una larga lista de tocados, capas, divisas y armas exclusivos de los soberanos. Entre ellos destacan el “casquete de plumas muy coloradas, que se llaman *tlauhquéchol* [ibis espatulado], con



6. tloquecozo-yahualollixiuhuitzollli-Primeros Memoriales



7. Xiuhuitzollli (mitra de turquesa) en la caja del año 11 cuchillo de pedernal (1516 d.C.). En este caso, la *xiuhuitzollli* representa el glifo onomástico de Motecuhzoma II, “el que se enoja como señor”. La voluta muy elaborada que aparece en la parte inferior izquierda podría remitir a la palabra *tlatoani* (“el que habla”), con la que se designaba al soberano en lengua náhuatl. MNA. DIGITALIZACIÓN: RAICES



8. Motecuhzoma II recibe la mitra de turquesa (*xiuhuitzollí*) de manos de Nezahualpilli, rey de Tetzcoco, durante la ceremonia de su entronización. Se observa que tiene agujerado el *septum* nasal, donde le colocaban una nariguera tubular llamada *xiuhyacámitl*. *Atlas Durán*, 1995, I, cap. XV.

oro, y alrededor del casquete una corona de plumas ricas, y del medio de la corona salía un manojo de plumas ricas que se llaman quetzal”; “un atambor pequeñuelo”; “un cosete [coraza ligera] de pluma bermeja que le llegaba hasta los medios muslos, todo sembrado de caracolutos de oro”; “unas faldetas de pluma rica”; “una rodela con un círculo de oro por toda la orilla”; “un collar de piedras preciosas muy finas”; “unas plumas verdes en lugar de cabellera, con unas bandas de oro entrepuestas”, y “espadas de madera, y el corte era de piedras de navajas pegadas a la madera”.

Los reyes guerreros también acostumbraban vestirse como dioses. Por ejemplo, en el *Códice Vaticano A.3738*, donde se plasmó la conquista mexicana de Toluca y Xaltepec, Motecuhzoma II está ataviado como Xipe Tótec, uno de los dioses mesoamericanos de la guerra (fig. 10). Para ello, se sacrificaba al primer cautivo que se hacía en el campo de batalla, se desollaba su cadáver y el *tlatoani* revestía su piel, amedrentando de esta manera a los contendientes. Otro ejemplo son las peñas de Chapultepec, donde el segundo Motecuhzoma fue figurado en la roca de cuerpo entero, erguido frontalmente y con insignias de Xipe Tótec (fig. 11). Además de su ya referido complejo glífico-onomástico, lo acompañan fechas

calendáricas que han sido vinculadas por los especialistas con los acontecimientos más importantes de su vida: 1 caña (1467 d.C., posible año de su nacimiento), y los mencionados 1 cocodrilo y 2 caña.

En otras imágenes de la plástica mexicana, los soberanos son representados su-



9. Durante la fiesta de la veintena de *izcalli*, dedicada a Xiuhtecuhtli, dios del fuego, Motecuhzoma vestía los atavíos de esta deidad, tal y como lo vemos aquí. Las fuentes escritas añaden que cada cuatro años, durante la misma fiesta, el soberano bailaba ante el templo de Xiuhtecuhtli. *Códice Borbónico*, p. 23.

jetando a sus enemigos por los cabellos, antiguo gesto de captura que estuvo muy difundido en toda Mesoamérica. En las llamadas piedras de Tízoc y del antiguo Arzobispado existen varias escenas en las que el *tlatoani* se encuentra en tal pose, luciendo insignias de Huitzilopochtli, Tezcatlipoca y Xiuhtecuhtli (fig. 13). Sus adversarios, en posición de sometimiento, están vestidos con los atavíos del dios patrono de su ciudad respectiva, cuyo glifo toponímico se encuentra en la parte superior de la escena.

VISIÓN Y DESTINO

En Mesoamérica, los espejos de obsidiana tenían una importante función adivinatoria y se utilizaban ampliamente para revelar el destino de los hombres. El espejo era también un símbolo del poder real que había sido otorgado por Tezcatlipoca, el “Señor del espejo humeante”. Los *tlatoque* mexicas eran dueños de un espejo de obsidiana de dos haces: por un lado, se decía que el soberano observaba en su superficie el comportamiento de sus súbditos; por el otro, los súbditos veían su propio reflejo en el instrumento, una manera de manifestar una estrecha interdependencia con su señor. Pero el espejo



10. *tlacaxipehualtzli* *Códice Vaticano A. 3738*

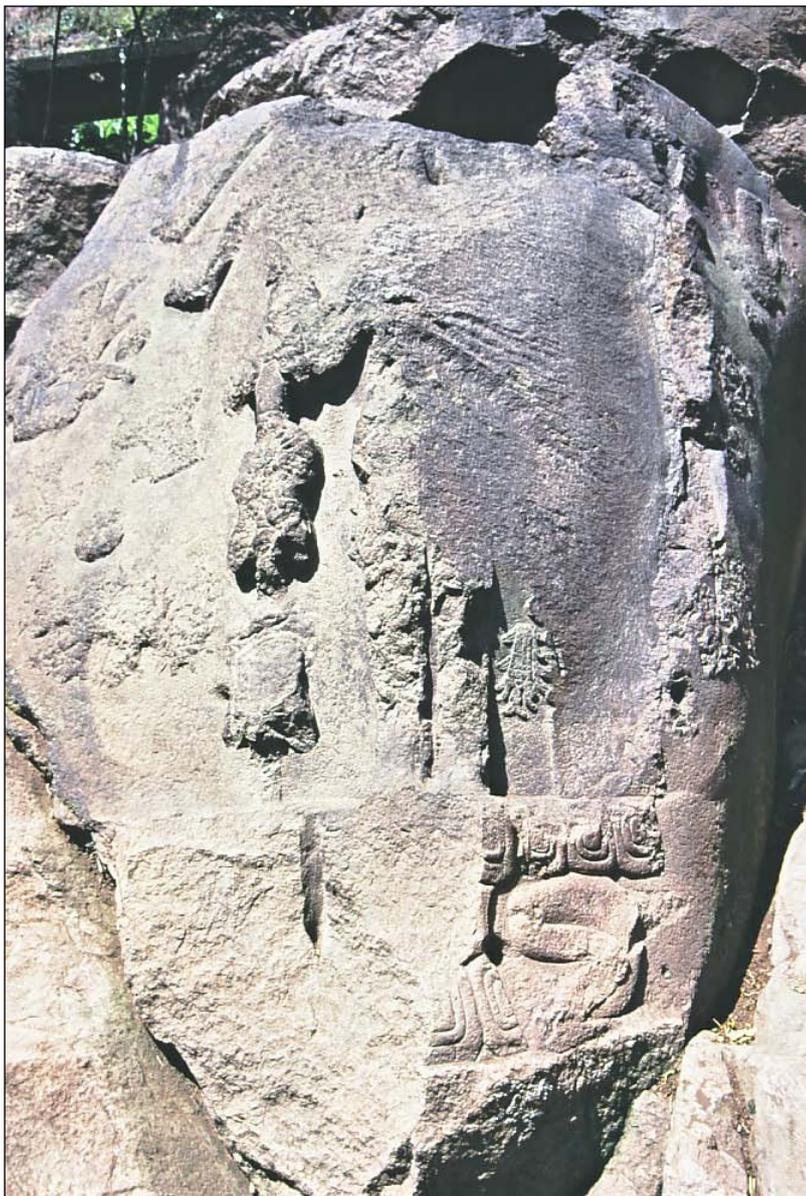


FOTO: DOLORES DALHAUS / RAICES

11. Motecuhzoma II en los relieves de Chapultepec. Sabemos por las fuentes históricas del siglo XVI que desde la época de Motecuhzoma I los soberanos mexicas mandaron esculpir sus efigies en la base del cerro de Chapultepec. Aunque los relieves fueron severamente dañados en el siglo XVIII por órdenes del gobierno virreinal, subsisten suficientes vestigios como para distinguir que el personaje mejor conservado representa a Motecuhzoma II.



DIGITALIZACIÓN RAICES

12. La visión que tuvo Motecuhzoma II de la llegada de los españoles a través del espejo que portaba una grulla forma parte de los numerosos “presagios” que habrían anunciado la derrota de la última Triple Alianza. Además de ser un instrumento adivinatorio, el espejo de obsidiana era un símbolo del poder real, lo que enfatiza el significado trágico de la visión del *tlatoani* mexica. *Códice Florentino*, lib. VIII, f. 12v.



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAICES

yelmo de colibrí
espejo humeante en la sien
pectoral de turquesa

13. Tízoc, conquistador, aparece con los atavíos de los dioses Huitzilopochtli (yelmo de colibrí), Xiuhtecutli (pectoral de turquesa) y Tezcatlipoca (espejo humeante en la sien). Estas tres deidades estaban estrechamente vinculadas con la guerra y la realeza. Piedra de Tízoc, MNA.

también iba a revelar a Motecuhzoma II el destino fatídico de su imperio (fig. 12). Un día, unos pescadores le llevaron al palacio un ave asombrosa, una grulla que tenía un espejo sobre su cabeza. En ese momento, el rey pudo distinguir en el espejo un cielo estrellado y luego cómo aparecían unos guerreros montados en ciervos. Pero, mientras Motecuhzoma interrogaba con temor a sus astrólogos, la visión se esfumó... ☘

- Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Universidad de París X-Nanterre. Director del Proyecto Templo Mayor, INAH. Junto con Guilhem Olivier es autor de “Images of Moctezuma and His Symbols of Power”, que será publicado por The British Museum Press en el libro *Moctezuma: Aztec Ruler*.
- Guilhem Olivier. Doctor en historia por la Universidad de Toulouse. Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM. Junto con Leonardo López Luján es coordinador del libro *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, el cual será coeditado por la UNAM y el INAH.

PARA LEER MÁS...

GRAULICH, Michel, *Montezuma ou l'apogée et la chute de l'empire aztèque*, Fayard, París, 1994.
 GUTIÉRREZ SOLANA, Nelly, *Objetos ceremoniales en piedra de la cultura mexica*, UNAM, México, 1983.
 OLIVIER, Guilhem (ed.), *Simbolos de poder en Mesoamérica*, UNAM, México, 2008.
 OLKO, Justyna, *Turquoise Diadems and Staffs of Office. Elite Costume and Insignia of Power and Early Colonial Mexico*, PTSI, Varsovia, 2005.